

Simposio: Mito y ritual en la periferia septentrio- nal de Mesomérica

*Benigno Casas** /

*Juan Pablo Jáuregui***

Durante los pasados días 27 y 28 de mayo tuvo lugar en el Museo Zacatecano, de la capital de ese estado centro-norteño, este encuentro académico que dio cita a un buen número de estudiosos de las regiones culturales del Suroeste de Estados Unidos, el Noroeste de México y la antigua Mesoamérica. Con el patrocinio del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el simposio fue organizado por un comité integrado por los doctores Enrique Florescano (Conaculta), Jesús Jáuregui (ST-INAH), Johannes Neurath (MNA-INAH) y Peter Jiménez (INAH-Zacatecas), quienes convocaron a investigadores provenientes de centros de estudio como la Stanford University, la Arizona State University, la West Carolina University, la Universidad de Bonn, la State University of New York-Bringhamton, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, la Universidad Nacional Autónoma de México y el

* Editor de *Antropología. Boletín Oficial del INAH.*

** Asistente al Simposio.

propio Instituto Nacional de Antropología e Historia.

La reunión tuvo la particularidad de funcionar no sólo como un foro para la presentación de ponencias, sino también para la discusión de las nuevas perspectivas de la antropología comparada, en torno de las tres regiones culturales antes citadas. Se distinguió asimismo como un encuentro académico poco ortodoxo, según reconoció el relator del encuentro, Ben Nelson, al reunir a etnólogos y arqueólogos, generalmente poco dispuestos al intercambio y a la discusión más allá de sus respectivas disciplinas. Tal vez esta característica haya sido el elemento más valioso del encuentro, según consignó el mismo Nelson, porque permitió la retroalimentación del conocimiento disciplinar de antropólogos y arqueólogos.

Se partió del presupuesto de que aunque los habitantes indígenas de esas vastas regiones han hecho del cultivo del maíz de temporal una práctica común, ligada a una serie de creencias y a sistemas rituales, se han distinguido entre sí por las formas particulares que presentan esas creencias, en razón de sus antiguos trasfondos chamánicos. Por ello, los temas tratados giraron alrededor de problemas teóricos generales (como la relación mito-historia), aspectos globales de la cosmovisión (calendario ceremonial) y elementos simbólicos (danzas del venado y del volador, grupos rituales de iniciación, peregrinaciones, el océano, el fuego y la lucha cósmica).

La analogía etnográfica se perfiló como referente polémico y co-

mo plausible fuente de apoyo para la arqueología, de tal suerte que los estudios específicos y los datos obtenidos sobre las sociedades indígenas contemporáneas pudieran resultar de utilidad para la investigación de las antiguas civilizaciones, y particularmente para el enriquecimiento de la interpretación arqueológica. En esa línea resultó notoria la discusión en torno del sistema arquitectónico y simbólico del *tukipa* huichol y de la *kiva* pueblo, como modelos de lectura para los grandes centros ceremoniales de La Quemada y Teotihuacan.

Los organizadores también ponderaron que el estudio comparativo no sólo permite reconstruir una imagen más completa de la cosmovisión, la ritualidad y la mitología de esas regiones, sino profundizar en su mutuo reconocimiento, en tanto elementos portadores de una herencia común. De esa manera se puede lograr una mejor comprensión de esa original y compleja macrotradición en sus variantes regionales, al tiempo que se entienden las particularidades de cada una de ellas.

La falta de discusión académica sobre la relación de esas variantes regionales, inmersas en un macro-complejo simbólico con identidad de raíces, se debe a determinaciones políticas y prejuicios ideológicos, generados a partir de la división territorial y política de mediados del siglo XIX, que creó una frontera artificial de las culturas amerindias, herederas de una antigua tradición común. Los antropólogos y arqueólogos de ambos lados fronterizos



Portada y dibujo original del manuscrito de Carl de Berghes sobre La Quemada.

tienen la responsabilidad de superar esos enfoques aislacionistas, al estudiar las sociedades que han estado en contacto cultural durante milenios.

* * * * *

El simposio abrió con la participación del doctor Enrique Florescano (Conaculta), quien abordó el tema de “Mito e historia en Mesomérica”. Destacó que aunque se encuentran relacionados, el relato mítico y el relato histórico son distintos entre sí. Estableció que el mito mesoamericano no pretendía explicar, sino que proponía fórmulas cíclicas dentro de las cuales eran encapsulados los acontecimientos, cuyo relato se convertía por tanto en canónico y no en histórico. Este pensamiento atribuía, asimismo, las acciones humanas —generadoras del cambio social— a los dioses, haciendo de la realidad social una réplica del mundo sagrado, y asimilaba la temporalidad de la historia a la del mito. En los textos

nahuas, por ejemplo, predominan este tipo de relatos sobre la fundación de Tenochtitlan y sobre otros eventos de su historia. Las conquistas, encumbraciones y caídas de reinos descansan en modelos o formas canónicas impuestas por la interpretación mítica, y no por la versión fidedigna de los acontecimientos históricos, tal y como se entiende en la tradición historiográfica occidental, a pesar de ser el mito, según Vico, una de las primeras formas explicativas sobre el origen de la humanidad, que entraña verdades históricas y descifrables detrás de su lenguaje poético. En todo caso —de acuerdo con Florescano—, la importancia del mito estriba en su relación con el pensamiento político, la legitimación de los hechos, la acumulación de conocimiento y la formación de la memoria. Es decir, en el mito se entrecruzan los valores propios de los pueblos y sus sistemas de organización socio-políticos.

A continuación tocó el turno al doctor Gordon Brotherston (Stan-

ford University), quien en su exposición, que tuvo por título “El guajolote provee las semillas: el sustento en las creencias anazasi y mexicanas”, aclaró la naturaleza literaria de su enfoque, reconociendo cierta distancia entre su disciplina y la de los demás participantes en el simposio. En esa línea presentó dos sugerentes comparaciones entre las culturas mesoamericana y anazasi. La primera estuvo orientada hacia la presencia del guajolote, en tanto acompañante de los viajeros y proveedor de las semillas, en una página del códice Laud mesoamericano y en algunos pasajes mitológicos provenientes del área anazasi. La segunda comparación tuvo como objetos dos representaciones gráficas de cosmogramas, una proveniente del códice mesoamericano, y la otra de una “pintura seca” anazasi, sobre las que mostró una serie de analogías míticas, reconociendo Brotherston una correspondencia entre las configuraciones cosmogónicas de sus culturas de origen. El ponente analizó otra serie de elementos gráficos de códices y “pinturas secas”, tomando como base sus convicciones en cuanto a la existencia de literaturas no fonéticas.

Le siguió la participación de la doctora Johanna Broda (IIH-UNAM), con la ponencia “‘El océano de la salida del Sol’ o el ‘origen de todas las aguas’: una comparación entre los indios pueblo y Mesoamérica”. Inició con el relato de una anécdota de 1882, cuando un grupo de autoridades suni fue invitado a la Universidad de Harvard, en donde para sorpresa de los etnólogos

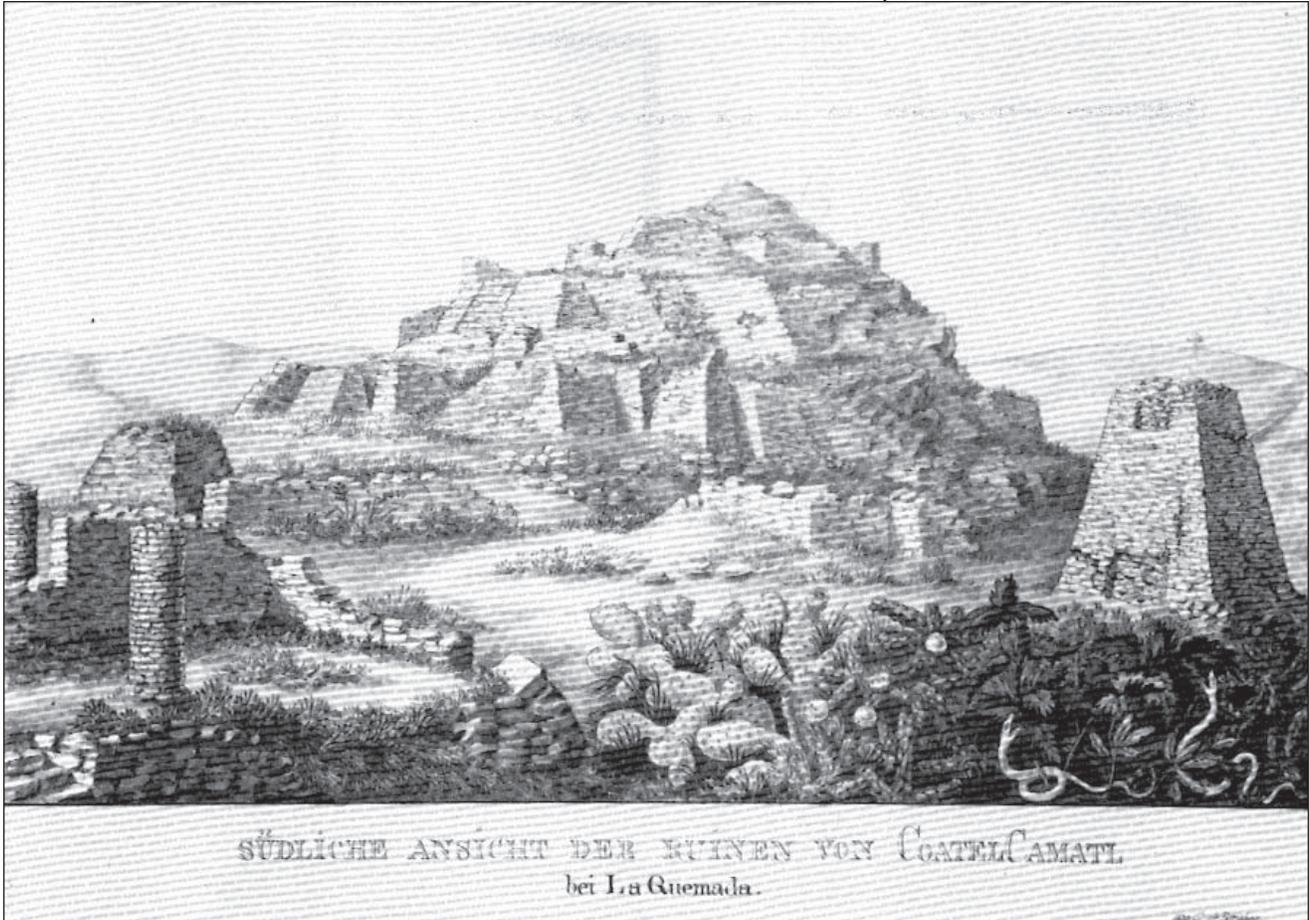
convocados, los indígenas dieron cuenta de su conocimiento sobre los cuatro mares que engloban al mundo, muy lejanos por cierto de sus comunidades. De igual forma, excavaciones recientes del Templo Mayor han resultado sorprendentes, al encontrar en ellas esculturas que representan diversidad de animales marinos, así como restos de ellos, lo que da cuenta de una cosmovisión global de los mexicas, que va más allá de su territorialidad. En un documento antiguo encontrado en el estado de Guerrero, se estipula también que el “agua que hierve en el mar, regresa en forma de lluvia”, lo que demuestra un gran conocimiento de esos pueblos sobre los procesos físicos de generación de lluvias. Thompson decía que la mitología prehispánica alrededor del agua se remontaba al desarrollo del periodo formativo en la cultura olmeca, y se sorprendía de que los cultos en torno al agua abarcaran un área tan grande de Mesoamérica. El cerro y la olla son dos elementos relacionados con la ritualidad sobre el agua, al ser contenedores de ésta. La diosa de la lluvia “vive en una olla” en Chicomostoc, y el Cofre de Perote es considerado como una olla llena de lluvia, dividida a su vez en cuatro ollas más pequeñas que contienen truenos, nubes y agua. Los indios pueblo tienen significaciones similares a través de las ollas, y en otros elementos como la representación de las katchinas o el uso de cuentas de jade, que entre los mexicas representaban gotas de lluvia. En resumen, los temas relacionados con el océano y las aguas configu-

ran un complejo estructural afín en Mesoamérica y en el territorio de los indios pueblo, dado que las condiciones climáticas y geográficas de las dos regiones presentan grandes similitudes, y los ciclos agrícolas se presentan en los mismos meses (entre julio y octubre). Es muy probable el contacto mutuo entre una y otra culturas, aunque sin definir claramente de dónde viene la influencia de una con respecto a la otra.

En la presentación de su tema, “Mitos cosmogónicos, grupos rituales e iniciación. Hacia una etnología comparada del Gran Nayar y del Suroeste de los Estados Unidos”, el doctor Johannes Neurath destacó la importancia metodológica de dos ideas para su análisis comparativo: *una*, la necesidad de tomar en cuenta no sólo el mito, sino también el rito y la organización social en estudios de esta naturaleza, y *dos*, considerar la relevancia que para dichos estudios tienen las similitudes y las diferencias de las culturas involucradas. Indicó que en ambas regiones —el Gran Nayar y el Suroeste de Estados Unidos— tiene peso la “escenificación” ritual de los mitos, pero aclaró que en el caso huichol no hay representación sino experiencia, mientras que entre los indios pueblo existe una especie de reconocimiento sobre la índole dramática de lo ceremonial. También abordó la que él considera la diferencia de mayor importancia: la religión huichola es visionaria, en tanto la visión religiosa de los pueblo es poco relevante. En los dos casos, las va-

loraciones plasmadas en el mito y el rito no son absolutas. En lo que se refiere a la organización social, las diferencias no son tan notables, porque aunque los huicholes tienen un sistema bilateral y entre los hopi existen elementos matrilineales, estos elementos tienen una presencia limitada a ciertos aspectos de la vida. Los huicholes tienen una organización comunal más fuerte que los hopi, pero en ambos grupos étnicos se verifica una estrecha relación entre la vida parental y la comunal.

Don Bahr (Arizona State University) dio lectura a su trabajo: “Fire as Element, Fire as Character. Pima-Papago, Maricopa, Yavapai, and Huichol Mythologies Compared”. En él consideró como necesario prestar mayor atención a los personajes de los mitos —que se distinguen de los elementos porque tienen voluntad—, así como al conjunto conformado por las narraciones de este tipo, contadas por una misma persona. De igual modo, sugirió la presencia de la parodia en las relaciones entre los mitos de los pueblos vecinos. Con base en estas tres ideas, propuso un método de estudio etnológico del mito, según el cual el análisis debe desenvolverse primero en el contexto de la mitología personal del narrador, y después en el de la mitología del pueblo de origen, para, finalmente, extenderse a los pueblos vecinos, en busca de relaciones paródicas a través de la comparación de mitos con tópicos o personajes en común. A lo largo de su disertación, Bahr puso en práctica



Vista del sur de las ruinas de Coatl Camatl, cerca de la Quemada.

su método y explicó los principios que lo conforman, por medio del examen de mitos del fuego de los pima-pápago, los maricopa, los yapapai y los huicholes.

Philip E. Coyle (West Carolina University) presentó “La cacería del venado en el ceremonialismo yuto-azteca central”, en la que hizo un recorrido descriptivo del ritual del venado entre los pima-pápago, los yaqui, los tarahumaras y los huicholes. Apuntó que en todos los casos se involucran danzas y cantos, acompañados de instrumentos de percusión, que duran toda la noche y tienen lugar en un patio orientado al Este. La ceremonia es presidida por un especialista masculino, y

en ella se hace la invocación de un antepasado divinizado, además de realizar ofrendas y una cacería ritual del cérvido en torno al que gira el acto ritual. Partiendo de este señalamiento, concluyó que los rituales del venado de los yuto-nahuas centrales, a pesar de estar separados por sus diferencias, tienen formas similares y constituyen discursos ontológicos contemporáneos.

Le siguió Antonio Reyes (INAH-Durango), quien expuso alrededor del tema “Pimas, pápagos y tepihuanes. Relación lengua-cultura entre los pueblos tepimanos”. En su ponencia buscó determinar la singularidad del conjunto de los pueblos tepimanos que, aclaró, tiene

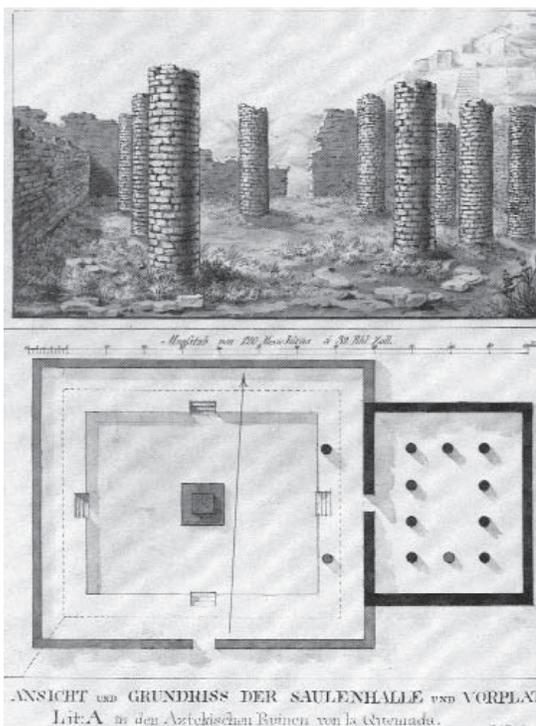
un carácter sutil. Centró su atención en la similitud de rasgos entre dichos pueblos, en aspectos como la lengua, el énfasis en las crisis vitales (particularmente en la primera menstruación), la práctica de largas abstinencias (prolongadas más allá del climax del ritual en torno al cual giran), la elaboración de bebidas alcohólicas y la observación de reverentes comportamientos rituales, regulados de manera estricta. Precisó Reyes que estas afinidades no se circunscriben a los grupos tepimanos, pero sí se presentan con mayor intensidad entre ellos.

Los arqueólogos Peter Jiménez (INAH-Zacatecas) y Humberto Medina (Universidad de Bonn) inicia-

ron las conferencias del segundo día del simposio con su ponencia: “La aplicación del modelo *tukipa* al paisaje ritual mesoamericano: el caso de La Quemada y Teotihuacan”. La intervención de Jiménez sirvió para introducir a la cultura de La Quemada, contemporánea a la de Chalchihuites, que se remonta al periodo comprendido entre los años 400 y 800 de nuestra era, con manifiesta influencia teotihuacana, pero también de las culturas del norte de la región. Por su parte, Humberto Medina destacó la estructura alta de La Quemada, con base al eje oriente-poniente y la estructura baja, equivalente al *tukipa*, coincidente con el plano dibujado en una vasija encontrada en la región. Agregó que La Quemada tiene cinco niveles, como cinco niveles tiene el Cerro del Amanecer y como cinco niveles tienen la estructuras definidas por Neurath en su modelo de *tukipa*. En el caso de Teotihuacan, la aplicación del modelo *tukipa* partiría de considerar el eje oriente-poniente al centro de la pirámide del Sol, en forma perpendicular a la Calzada de los Muertos, y en donde la pirámide de la Luna tendría su equivalente con el cerro Bernalejo, mientras la Ciudadela con el Lago de Chapala. En resumen: los sitios de La Quemada y Teotihuacan son interpretados por Medina y Jiménez como crono-cosmogramas, destinados a ser recorridos en función de una secuencia ceremonial, y a formar parte de geografías sagradas. Su opinión tiene como base una serie de correspondencias de carácter etnográfico y arqueológico

(cosmovisión, ritual, arquitectura, iconografía, conciencia espacial y conciencia temporal), apoyadas en la teoría del “Sistema mundial”, la cual plantea que la red de información de una cultura tiene mayores alcances, territorialmente hablando, que sus bienes de prestigio, influencia político-militar y sistema de subsistencia.

Siguió el turno al arqueólogo Achim Lelgemann (Universidad de Bonn), quien abordó el problema de la analogía etnográfica en la interpretación arqueológica, particularmente en el caso de Tepizuasco, Zacatecas. Realizó una descripción detallada del sitio y de algunos objetos encontrados en él, en especial un sello con la imagen de un águila bicéfala. Comparó sus indagaciones arqueológicas de la zona con el modelo *tukipa* postulado por Neurath, destacando las afinidades y las diferencias arquitectónicas, aunque sin reconocer en ello una línea de continuidad cultural de Tepizuasco con los coras y huicholes actuales. Consideró que los datos etnográficos pueden ser valiosos para la arqueología, pero deben ser utilizados cautelosamente, tomando en cuenta que las culturas comparadas se encuentran separadas temporal y espacialmente, y presentan disparidades sociopolíticas. Juzgó necesario que los elementos implicados



Vista y trazo del Salón de las Columnas y de su antepiazza; letra A en las ruinas aztecas de La Quemada.

en la analogía etnográfica cumplan con el requisito de continuidad temporal.

El siguiente expositor fue César Villalobos (IIA-UNAM), quien abordó la problemática de la antropología del norte de México y del Suroeste de Estados Unidos, desde la perspectiva de la arqueología en el estado de Sonora. Centró su participación en la propuesta de que la frontera entre México y Estados Unidos ha condicionado los estudios antropológicos de la región occidental común de ambos países, al dividirla artificialmente y propiciar con ello que los estudios se lleven a cabo desde paradigmas, situaciones políticas y tradiciones académicas distintas, correspondiendo a las dos naciones fronterizas,

dando lugar a una diversidad problemática de aproximaciones.

En su participación, Bridget Zavala (State University of New York-Bringhamton) expuso con imágenes un estudio comparativo del sitio arqueológico localizado sobre el cerro de Trincheras, Sonora, con Monte Albán, Oaxaca, y La Quemada, Zacatecas, a partir de coincidencias geográficas, demográficas, funcionales y aparentemente rituales o militares, sin que dejaran de plantearse una serie de interrogantes acerca de su aprovisionamiento alimentario y de otros medios de sobrevivencia de los habitantes prehispánicos de esas altas elevaciones.

Por su parte, Gustavo Torres (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas) realizó una exposición alrededor de un estudio comparativo del calendario ceremonial hopi con el calendario azteca, destacando, a partir de diversos elementos iconográficos y rituales, semejanzas extraordinarias. Concluyó que los dos son calendarios agrícolas, presentan un año de tipo solar, tienen meses y deidades lunares y detentan una estructura dual, basada en la existencia de una temporada seca y una temporada de lluvias. También encontró un paralelismo entre sus fiestas y el culto asociado a las *katchinas*, en el caso hopi, y el culto asociado a los muertos, en el caso azteca.

Cerró el ciclo de disertaciones el doctor Jesús Jáuregui (ST-INAH), quien presentó un análisis estructural del ritual del Volador, con base en su relación con la ceremonia de

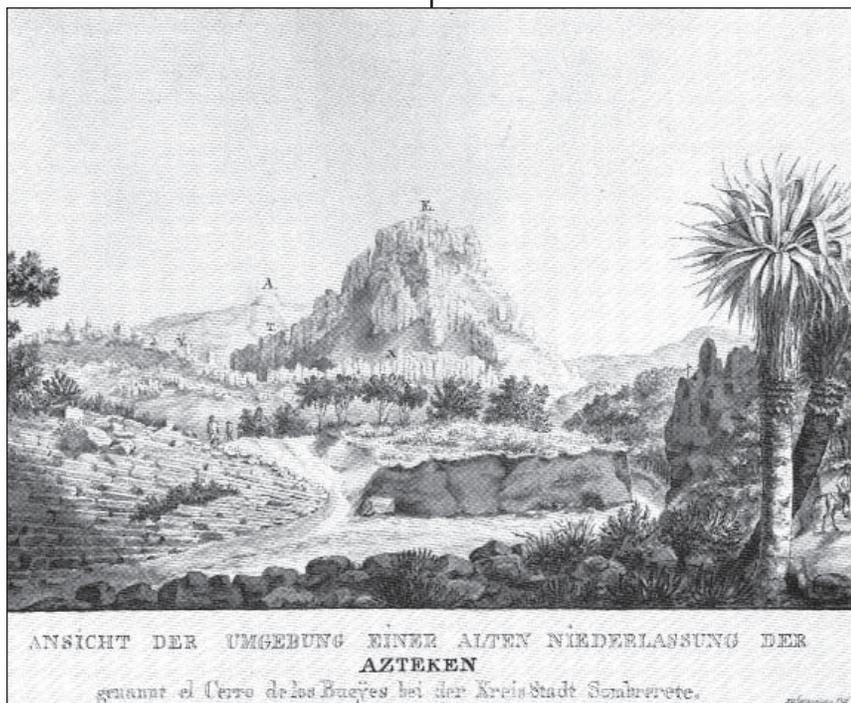
Las Pachitas, realizada ésta entre los coras del Gran Nayar. Su estudio parte de considerar a ciertos procesos rituales como una forma de mitología implícita, y de la idea de que es necesario buscar elementos simétricos y opuestos para determinar sistemas de transformaciones. Durante su exposición detalló las correspondencias y oposiciones entre una y otra ceremonias, que le permitieron a su vez definir las como polos opuestos de un mismo sistema, del que sugirió la existencia de otras transformaciones. Para Jáuregui, el ritual del Volador es una representación del universo y una recreación de su movimiento primigenio y, en tanto lo es, constituye una especie de jaculatoria a la que se puede recurrir, como en el caso del *Pater Noster*, en diferentes circunstancias. Es, también, una dramatización sobre el descenso de las lluvias a la Tierra.

La relatoría y las conclusiones corrieron a cargo del arqueólogo Ben Nelson (Arizona State University), quien valoró como muy relevantes los resultados del simposio y el encuentro en sí mismo, toda vez que difícilmente se llega a reunir a etnólogos y arqueólogos en un mismo foro, además de que en las discusiones quedó demostrada la importancia que tienen una y otra disciplinas para su retroalimentación y apuntalamiento mutuos. Faltó sin duda una discusión teórica mayor en torno a los conceptos de mito y ritual, para entender mejor de dónde partir, según lo destacó en otro momento el profesor Florescano. El mundo es uno solo,

señaló Nelson, lo mismo que la humanidad, y estudiar el pasado cultural prehispánico no implica dejar de lado el estudio del presente, particularmente de los pueblos herederos de esas culturas.

* * * * *

Como actividades complementarias al Simposio se realizaron dos visitas a zonas arqueológicas de la región, los días 29 y 30 de mayo. La primera tuvo efecto en el sitio de La Quemada, denominado así por un presunto incendio provocado por sus antiguos habitantes antes de ser abandonado, sin que se supieran las razones de esa acción. La visita al sitio fue conducida por el doctor Achim Legemann, quien en su plática introductoria reconoció el carácter elitista del sitio, que daba albergue a un importante señorío que dominaba a toda la región y seguramente a muchos pueblos tributarios, considerada como un importante punto de encuentro entre las culturas del sur y las del norte. Sus características constructivas obedecían a un interés defensivo, ante el posible asedio de diferentes grupos nómadas del norte, destacando sin embargo las influencias arquitectónicas de corte clásico mesoamericano, como el juego de pelota, las plazas cuadrangulares y su llamativa "pirámide votiva". Su estructura urbana consta de cinco niveles, construidos en forma ascendente durante distintos periodos. Destacó la exposición de Legemann en torno al quinto nivel, cuya excavación estuvo a su cargo.



Vista de las inmediaciones de un establecimiento antiguo de los aztecas, llamado el cerro de Los Bueyes, cerca de la cabecera municipal de Sombrerete.

Dejó claro que los constructores del sitio ampliaron la unidad de medida longitudinal “mesoamericana” desde 80.03/04 cm con un “pie mesoamericano” (20.01 cm) extra, logrando —durante el Epiclásico, antes del año 1000 d.C.— una unidad de medida muy próxima al metro contemporáneo “occidental” (establecido apenas en 1791, como la diezmillonésima parte del cuadrante meridiano), de 100.04/05 cm. Con esta base métrica se diseñaron todas las plazas del sitio, pirámides y edificios, cuyas medidas corresponden invariablemente a números asociados a la cosmovisión y al calendario aborigen, y fueron expresados tanto en los lados como en las diagonales (0.5, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 13, 15, 18, 20, 25, etcétera), así como en las áreas de

los diferentes cuadrángulos implicados (50, 52, 65, 91, 104, 180, 208, 225, 260, 360, 365, 390, 400, 520, 650, 780, entre otros). Este simbolismo numérico, expresado arquitectónicamente, tiene especial relevancia en las plantas de las construcciones, más que en las perspectivas, que pueden ser vistas normalmente por los seres humanos. El entusiasmo de los congresistas asistentes fue notable, sin que se arredraran ante las casi cinco horas de sol, que concluyeron con una caminata sobre la gran muralla que rodea el sitio.

La segunda visita (30 de mayo) se realizó a la zona arqueológica de Altavista, y fue conducida por los doctores Ben Nelson y Achim Lelgemann, y por el doctorando Humberto Medina. Se discutió la

importancia del sitio como observatorio astronómico, construido prácticamente en la línea corespondiente al Trópico de Cáncer. Se resaltó la ubicación del sitio con respecto a los cerros El Chapil y El Pedregoso, que le sirven de marcadores en el paisaje de los solsticios y los equinoccios. Se dieron explicaciones y discusiones alrededor de la plaza suroeste, del salón de las Columnas y de la plaza noroeste, al tiempo que se recordaron los trabajos pioneros de Manuel Gamio, en los primeros años del siglo XX, y sobre todo los de Charles Kelley, en la década de los setenta. La visita cerró con una emotiva exposición del custodio principal de la zona. A propuesta de los jóvenes arqueólogos que trabajan en la zona, dirigidos por Nicolás Careta, se emprendió una visita a Cruz de la Boca, cuyo paisaje destaca por los cerros localizados a sus lados y el valle que se divisa al fondo. Las formaciones pétreas evocan una aparente actividad chamánica en la región, que se conjuga con una vegetación contemporánea de huizaches y cactáceas, en donde abundan restos cerámicos y líticos que testimonian una importante ocupación en el pasado. Se recorrieron excavaciones de unidades habitacionales, lo mismo que restos de calzadas y escaleras que conducen a los conjuntos de plaza-pirámide localizados en los cerros laterales. Finalmente, a las diez de la noche, el grueso de los congresistas se despidió efusivamente en la Alameda de la ciudad de Zacatecas.